

Acompaña al texto una serie de semblanzas de estos personajes, elaboradas en base a documentos de primera mano (algunos de ellos son los expedientes de canonización) o de autorizadas biografías previas. Así, nos encontramos con las biografías de cinco santos, una beata, diez «siervos de Dios» además de otros personajes calificados como «virtuosos» (37 en total) y que recorren tres siglos. Un útil «Cuadro de contemporaneidad» nos permite ubicar mejor a los santos entre los siglos XVI al XIX inclusive.

Como señalamos al inicio, el libro es una muy buena introducción al mundo de la santidad virreinal. Quienes deseen acercarse a la cultura política de este periodo encontrarán temas muy sugerentes y poco trabajados; incluso se podría decir que no se puede entender parte del universo mental republicano sin conocer a fondo cuál fue la base del pensamiento barroco. A tal punto pesó la estructura religiosa en América Latina, que Carlos Forment, refiriéndose a la cultura política de los siglos XVIII y XIX, ha acuñado el término «catolicismo cívico».³ Al insertar a los santos dentro de una corriente de misticismo propio del barroco, el libro cuestiona algunos tópicos que veían en las conductas místicas desviaciones o casos de conducta anormal (el famoso «histerismo» que se asociaba con las «alumbradas») y nos devuelve estos comportamientos en una época anterior al pensamiento ilustrado que comenzará a criticar la presencia de la religión en la sociedad. Estamos plenamente convencidos que el libro es un notable aporte para la historia no solo del Perú, sino de América Latina en su conjunto.

José RAGAS

Pontificia Universidad Católica del Perú

MIRAMONTES ZUÁZOLA, Juan de: *Armas antárticas*. Edición crítica y notas de Paul Firbas. Lima. 2006. Pontificia Universidad Católica del Perú - Fondo Editorial. 680 pp.

«La fortuna me trajo a las Indias donde, desprovisto de esperanzas y lleno de aflicción, he venido a parar en soldado, algo que en este país es la cosa más odiada, no solo de los hombres, sino también de los animales salvajes», escribió de sí mismo Juan de Miramontes Zuázola en 1590, esto es, pocos años después de su arribo a América. Es conocido que, por entonces, el servicio militar era visto como uno de los medios para lograr ocupación y tentar ascenso social, aun cuando ser soldado era muchas veces sinónimo de pependenciero y de agente de alteraciones sociales. Por ello, con el fin de deshacerse de los soldados excedentes, las autoridades organizaban de vez en cuando alguna expedición para explorar tierras remotas.

³ Carlos FORMENT: *Democracy in Latin America, 1760-1900*. Chicago. 2003.

Éste no fue el caso de Miramontes. Por lo que sabemos, le sonrió la fortuna como soldado al servicio de la Corona, no obstante sus reclamos. Mas no tuvo ventura en el reconocimiento como poeta, ya que no consta que fuera tenido por tal en vida. Tampoco la fortuna le sonrió póstumamente. Su obra principal, el poema *Armas Antárticas*, permaneció inédita por siglos y las dos ediciones que de él hicieron Jacinto Jijón y Caamaño y Rodrigo Miró en el siglo XX resultaron poco cuidadas; y, por si fuera poco, la crítica literaria ha sido por lo general bastante errática en la apreciación de la obra de este soldado escritor. La presente edición crítica de *Armas antárticas* preparada por Paul Firbas restablece el crédito de Miramontes como uno de los autores más singulares de la literatura colonial americana.

El volumen consta de varias partes. Se abre con un extenso y estimulante estudio preliminar en el cual se reconstruye la biografía de Miramontes y se analizan la fecha de composición del poema, su estructura, las copias manuscritas y las ediciones del mismo. Además, como parte del estudio preliminar, Firbas examina —con el sugerente título de «Una lectura: los héroes en el mapa colonial»— a los protagonistas del poema en el marco de las convenciones del género épico y de sus circunstancias históricas.

La segunda parte del volumen contiene la transcripción anotada de *Armas antárticas*, realizada a partir de la copia autógrafa existente en la Biblioteca Nacional de Madrid. Poco más de 1.700 notas léxicas y de contenido a pie de página ilustran la lectura del extenso poema. La tercera parte incluye las variantes textuales y los índices de los cantos, palabras y nombres anotados, así como los de nombres y lugares contenidos en el poema.

Durante mucho tiempo, la trayectoria de Miramontes fue deficientemente conocida. En esta edición, los datos que se tienen sobre la biografía del poeta han sido debidamente ordenados y cotejados a partir de la compulsión de diversos documentos. Miramontes probablemente nació en 1567, en algún lugar de España, quizá Andalucía. Pasó a América hacia 1586. Su primera actuación militar la realizó bajo las órdenes del general Álvaro Flores Quiñones cuando el corsario inglés Francis Drake capturó la ciudad de Cartagena; sin embargo, como bien anota Firbas, Miramontes solo conoció a los piratas de oídas, ya que nunca entró en combate. El poeta llegó al Perú en 1588 y en los años siguientes participó varias veces como alférez en la flota que transportaba la plata desde el virreinato peruano hasta Panamá. En 1590, el virrey García Hurtado de Mendoza lo nombró alférez real del general Pedro de Arana y sargento mayor del presidio de Arica. Hacia fines de su gobierno, ese mismo virrey le otorgó una plaza en la compañía de arcabuceros, pero nunca llegó a tomar posesión de la misma. El sucesor de Hurtado de Mendoza, Luis de Velasco, concedió a Miramontes varias plazas temporales en la Armada del Sur y en 1604 el título de «gentilhombre arcabucero de la guarda del virrey». Se trataba de un puesto honorario que no comportaba mayor obligación militar. El nombramiento llevó a Miramontes a establecerse en Lima de forma permanente, aunque no por mucho tiempo, ya que falleció en enero de 1611, según lo ha determinado Firbas.

Si no fuera porque su obra ha llegado hasta nosotros, la biografía de Miramontes no tendría mayor relevancia, salvo quizá para los interesados en la historia de la milicia colonial. Sin embargo, para suerte nuestra, contamos ahora con una nueva edición de *Armas antárticas*, que bien puede calificarse de definitiva, y con datos biográficos sobre su autor que invitan a hacer nuevas lecturas no solo acerca de la originalidad del poema, sino también del papel del hombre de letras en el contexto de fines del siglo XVI e inicios del siglo XVII, y de su relación con el poder virreinal.

Como se ha visto, Miramontes anduvo siempre próximo a la corte virreinal, y no podía ser de otra manera, ya que ella era el centro del poder local y, por ende, fuente de privilegios. Coincido con Firbas en que es difícil afirmar que *Armas antárticas* fuera una obra de encargo, pero lo que es claro es que con ella su autor buscaba alcanzar el favor de Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, quien asumió el gobierno del virreinato en 1608. Una de las octavas iniciales es bastante explícita acerca de lo que el autor espera recibir del gobernante: «Dame lo que promete, a quien te invoca,/ tu magnánimo pecho generoso,/ pues como ilustre príncipe te toca/ socorrer al que está menesteroso,/ que viéndome amparado de tal roca,/ cualquier mordaz satírico invidioso/ temerá de poner a mi obra ojebto/ mirando lo que debe a tu respecto» (Canto I, octava 9).

El recurso de apelar al poderoso en busca de protección y de sustento era una práctica común entre los escritores del Siglo de Oro. Al respecto, Francisco de Quevedo escribió que todos los autores dedican sus libros con dos propósitos: que el destinatario ayude económicamente a la impresión, y que proteja la obra de las murmuraciones. Era natural que Miramontes dirigiese su mirada al Marqués de Montesclaros, toda vez que era conocida su reputación de buen gobernante. Empero, no consta que el gobernante retribuyese la dedicatoria de Miramontes, algo que también solía suceder con frecuencia.

Armas antárticas se terminó de escribir, de acuerdo con Firbas, hacia 1608-1609, esto es, al inicio del gobierno de Montesclaros, pero también en un contexto marcado por el apogeo de las artes y las letras en Lima. La existencia de una universidad y de tres talleres de imprenta ejerció una poderosa atracción sobre los hombres de letras. Fue así como confluó en la ciudad capital una multitud de juristas, poetas, dramaturgos y teólogos, todos ávidos de promoción y reconocimiento. Por otro lado, durante los años iniciales del siglo XVII hubo una auténtica fiebre en la producción historiográfica. Como escribió Guillermo Lohmann, por entonces «inquietos y aplicados rebuscan antiguallas en archivos y recogen memorias para depurarlas». Por su sorprendente producción intelectual, el periodo —según el mismo Lohmann— puede ser considerado de «plenitud de esplendor». En ese contexto, la Historia, o mejor dicho el quehacer historiográfico, difícilmente le debió ser ajeno a Miramontes. Firbas propone la familiaridad del poeta con las obras de Miguel Cabello de Balboa, Pedro Sarmiento de Gamboa y Martín de Murúa, entre otros.

La vena poética de Miramontes se nutre de la Historia, en particular de la Historia reciente del virreinato. Compuesto de veinte cantos, el poema cubre un largo período de la historia y tiene como escenario el espacio antártico, que se

extiende desde Panamá hasta el Estrecho de Magallanes y correspondía a la jurisdicción del virreinato peruano. Los dos primeros cantos resumen la historia de la conquista española del Perú y la derrota del estado Inca. Desde el canto tercero hasta el décimo, el poema se ocupa de las incursiones de los piratas ingleses Drake y Oxenham en las aguas americanas, así como de las revueltas de los negros cimarrones en Panamá y de las acciones militares de los soldados españoles contra ellos. Los cantos undécimo a décimo séptimo narran los amores de los indígenas Curicoyllor y Chalcuchima. Insertada en esta narración, aparece la figura del consejero Rumiñave, quien explica una galería de bultos extraños que profetizan los gobiernos de diversos virreyes, desde Núñez de Vela hasta Montesclaros. Los últimos tres cantos tienen por escenario el Estrecho de Magallanes y narran los viajes y el proyecto colonizador de esa región de Pedro Sarmiento de Gamboa, así como la incursión del pirata Thomas Cavendish (o Escandi). El poema concluye con una batalla en la isla de Puná y la salida de Pedro de Arana en persecución del pirata.

A pesar de los tonos marcadamente religiosos contrarreformistas y la presencia de «herejes luteranos» —anota Firbas—, el poema de Miramontes es siempre más político que espiritual. Su función es la de celebrar y fijar en la memoria los hechos de armas de los españoles en América. Como señala Firbas, todo el poema se estructura a partir de la oposición entre el Perú de la conquista y el mundo antártico del presente de la narración. En los dos primeros cantos, la conquista concluye con el ajusticiamiento del inca Atahualpa y del intérprete Felipillo. El mundo andino desaparece. A este período sigue la paz y el olvido de las armas. La incursión de los piratas inicia el segundo ciclo épico, en el que las armas ya no se dirigen contra los indios, sino contra Inglaterra. La guerra es por la defensa del territorio, sus puertos y sus costas. Este nuevo giro en la narración tiene un correlato histórico: la sociedad de los conquistadores estaba siendo reemplazada por una nueva, compuesta por advenedizos, desde fines del siglo XVI. De acuerdo con Firbas, el mismo Miramontes forma parte de esa nueva etapa en la historia virreinal, y «su poema puede leerse como un discurso para legitimar la posición de una nueva elite de militares y funcionarios que nunca gozaron del beneficio de tierras e indios de encomienda» (p.103).

Una de las formas de lograr esta legitimación es mediante la propuesta de medidas destinadas a pacificar el territorio y, al mismo tiempo, a hacer frente al peligro extranjero en las dos principales áreas críticas: el istmo de Panamá y el Estrecho de Magallanes. En tales circunstancias, el servicio de las armas se vuelve esencial para la supervivencia del régimen colonial. Miramontes es un militar y su poema expresa estas preocupaciones en un lenguaje simbólico.

La exaltación de la gesta militar española lleva a relegar a la sociedad indígena a la condición de mundo eliminado por la conquista. Como bien señala Firbas, «uno de los rasgos que define el espacio de las *Armas antárticas* es la ausencia del mundo andino en el presente de la enunciación, desplazado hacia un pasado que se confunde con el mito» (p.101). Miramontes hace ingresar el mundo indígena a través del relato oral de Pedro de Arana, quien narra los amores de Chalcuchima y Corycollur a pedido de uno de los soldados durante la expe-

dición punitiva contra Oxenham. La narración es realmente atractiva por la historia y los escenarios descritos. Las acciones transcurren en una geografía fantástica, de prados floridos y palacios suntuosos. La aparente monotonía de la existencia diaria es alterada no solo por la guerra, sino también por la fiesta, en la cual están presentes la música, los desfiles y los decorados de origen europeo. El palacio de Vilcabamba al cual es conducida Corycollur posee un patio de columnas de alabastro y pórfido, así como estatuas de príncipes famosos, y los corredores están decorados con diferentes jaspes de colores. Este gusto por el exotismo de Miramontes recuerda las descripciones de un contemporáneo suyo, el mercedario, Martín de Murúa, quien en su *Historia del Perú* no solo imaginó un imperio fastuoso y cortesano, sino también la vida interior de los palacios y los ritos de amor que se realizaban en ellos. También a Murúa se debe la «Ficción y suceso de un famoso pastor llamado Acollanapa y de la hermosa y discreta Chuquillantu, ñusta hija del Sol». La lectura de obras como las de Murúa y Miramontes, entre otras, es imprescindible para pensar acerca de cómo se construyó la imagen de los incas en el contexto colonial.

Una obra literaria como *Armas antárticas* admite no una sino muchas lecturas. La mía ha sido desde la Historia. La edición crítica que ofrece Paul Firbas no solo viene a llenar un vacío importante en el corpus de la literatura colonial, sino que además ofrece al investigador un texto confiable a partir del cual se pueden trazar nuevos derroteros para la correcta valoración de la épica de ese tiempo.

Pedro GUIBOVICH PÉREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

MORENO CEBRIÁN, Alfredo; SALA I VILA, Núria: *El «premio» de ser virrey. Los intereses públicos y privados del gobierno virreinal en el Perú de Felipe V*. Madrid. 2004. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 335 pp.

Este documentado e interesante libro compuesto por dos trabajos de Nuria Sala i Vila y Alfredo Moreno Cebrián resulta un aporte singular e insinuante al estudio de la cultura y la práctica política virreinal en los complicados tiempos de Felipe V. Centrándose en la tan debatida cuestión de la naturaleza de la corrupción dentro del sistema político indiano, este estudio tiene como objetivo «cifrar y contextualizar el significado práctico del «premio» que conllevó ser virrey» del Perú. Según los autores, este premio era tan significativo que gran parte de la estimación social de la que gozó este cargo se debió a las amplias expectativas de lucro y beneficio que ofrecía para sus titulares. De manera que la experiencia peruana supuso para muchos virreyes la oportunidad de regresar a la península con riquezas suficientes para acrecentar sus haciendas y promover sus linajes a las altas esferas de la nobleza. Este estrecho vínculo entre intereses públicos y privados, presente en la administración indiana con más frecuencia e intensidad de lo que el gobierno central hubiera deseado, plantea el interrogante acerca de